

KAZAKISTAN

Congreso de líderes religiosos mundiales, un proyecto ateo

ECCLESIA

14-09-2022



Stefano
Fontana



El viaje de Francisco a Kazajistán desde hoy, 13 de septiembre, hasta el 17 de septiembre ha sido ampliamente cubierto por los medios de comunicación. A través del programa detallado dado a conocer por la Santa Sede hemos sabido que no se reunirá

con el Patriarca Kirill tal y como se había especulado anteriormente, y en cambio sí se sabe que puede haber un momento para ver al Presidente chino Xi Jinping. Sobre todo, se ha explicado que Francisco participará en el 7º Congreso de Líderes de Religiones Mundiales y Tradicionales que se celebrará en Astana, ahora Nur Sultan, “como mensajero de la paz” en un momento en que el mundo está muy necesitado de ella.

Las noticias han insistido mucho en la importancia de estos encuentros

religiosos para la paz y la armonía. Todo esto es ya bien conocido, pero la trascendencia de la reunión de los líderes religiosos se presta también a otras valoraciones, de las que los medios de comunicación oficiales –es decir, prácticamente todos- no hablan.

Veamos...

Comencemos por examinar qué es este Congreso de Líderes de Religiones

Mundiales y Tradicionales. Surgió en 2003 por iniciativa del entonces presidente de Kazajistán y tiene como objetivos buscar “puntos de referencia humanos comunes en las religiones mundiales y tradicionales” y poner en funcionamiento una “institución interreligiosa internacional permanente para el diálogo de las religiones y la adopción de decisiones acordadas”. Se trata de la llamada “ONU de las Religiones”.

El Congreso funciona a través de una Secretaría que, según se desprende de la página web oficial, ejecuta las decisiones, prepara los materiales, redacta los documentos, acuerda las cuestiones clave y, sobre todo, coordina “la interacción con las estructuras internacionales en materia de diálogo interreligioso e *intercivilizado*”. Hasta la fecha, han funcionado 19 secretarías. La actual secretaría está compuesta por diez representantes del islam, cinco del cristianismo de los cuales uno es católico, cuatro representantes del budismo, uno del taoísmo, uno del sintoísmo, uno del hinduismo, tres de instituciones internacionales y cinco representantes de la República de Kazajistán. Como se puede ver, la composición del Secretariado no ofrece muchas garantías de equilibrio, los católicos están casi completamente ausentes de él, y parece funcionar más para los contactos con las instituciones. Ciertamente, la ONU de las religiones no puede permanecer ajena a las asambleas de los organismos internacionales con los que debe sintonizar los problemas de la paz y la armonía.

La Iglesia Católica había enviado a cardenales como Tomko, Etchegaray o Tauran a congresos anteriores, pero el Papa nunca había ido. Juan Pablo II había visitado Kazajistán en 2001, pero en un viaje pastoral que no tenía relación con el Congreso Mundial de Líderes de Religiones Mundiales y Tradicionales. Ahora, Francisco va allí, en cambio, más por el Congreso que por Kazajistán.

Su viaje está ciertamente en consonancia con la encíclica *Fratelli tutti*, con la declaración de Abu Dahbi y con su concepción del diálogo interreligioso. Pero esto no puede eliminar, si acaso alimenta, las perplejidades e interrogantes sobre una inversión de imagen tan importante en un foro tan frágil como es el Congreso, y sobre un proyecto de ONU de las religiones que recuerda más a los proyectos del internacionalismo ilustrado que a las intenciones del universalismo católico.

El pensador más ilustre que ha proporcionado las bases para un proyecto como el que se está llevando a cabo en los Congresos de Kazajstán ha sido sin duda Immanuel Kant. Para ello escribió sus dos tratados sobre *La paz perpetua* (1795) y *La religión dentro de los límites de la mera razón* (1793). Como buen “pietista”, Kant redujo la religión a la razón y la fe a la moral. Lo único que tiene que hacer el creyente es “portarse bien”, todo lo demás es superstición. Y tiene que hacerlo porque es lo único que puede hacer. La religión kantiana es, por tanto, una religión universal, porque la razón y la moral son universales. También es una religión sin dogma, porque sus principios son los principios de la moral que la sola razón es capaz de fijar en la conciencia.

El universalismo iluminista y masónico siempre se ha adherido a estas premisas. Sin embargo, Antonio Rosmini, y Sofia Vanni Rovighi con él, dijeron que Kant era filosóficamente ateo. Porque esa moral a la que había que reducir la religión, era la moral “del mundo”, la moral dominante, podemos decir el humanismo de la ONU. La moral natural que también busca el Congreso del que hablamos, no es la moral natural, sino que es la moral actual, el mínimo común denominador de lo que los hombres (y las instituciones internacionales) consideran hoy el bien y el mal. Si se tratara de una moral natural, entonces exigiría el Dios verdadero como cumplimiento de sus exigencias y no el sincretismo de varios dioses.

Una vez más veremos al Papa rezar con sintoístas y taoístas. ¿Quién sabe si esto servirá realmente para la paz? Los caminos del Señor son misteriosos y entenderlos no está a nuestro alcance. Pero plantearse cuestiones serias y radicales sobre la participación de la Iglesia católica en esta nueva moral cívica sincretista, que sólo puede surgir de poner entre paréntesis la verdad o no verdad de las religiones y reducirlas a la moral convencional de las instituciones internacionales, me parece un deber verdaderamente moral y religioso.